

LA PALIZA

Cuando abrió los ojos, después de permanecer varias horas inconsciente sobre el frío suelo de la cocina, un grito de dolor afloró en sus labios como si una parte de su ser todavía no se resignase a recibir las ya continuas palizas. Al incorporarse, apoyándose sobre la mano derecha, su muñeca cedió como si de un trozo de plástico, inerte, sin vida, se tratase, cayendo de nuevo al suelo. Su barbilla golpeó fuertemente contra las baldosas. Apenas si sintió nada. Antes de volver a intentar levantarse prefirió observar el estado de su brazo derecho. Bastante lentamente, pues con cada movimiento sentía cómo se le clavaba más y más una costilla posiblemente rota, lo alzó delante de sus ojos. ¡Tenía que controlar sus malditos instintos, esa maldita costumbre suya de alzar el brazo derecho para protegerse de los golpes se lo estaba destrozando!. Apenas si podía distinguirse el color de la piel, todo lleno de moretones como estaba. Por curiosidad, probó a pellizcarse con la mano izquierda en el antebrazo derecho. Nada, no sintió nada. Su brazo, tan acostumbrado al dolor, se había vuelto totalmente insensible. Como su corazón...

¿Cuánto tiempo hacía que había perdido su dignidad? ¿Cuánto tiempo hacía que había pasado desde que se sometiera a la voluntad de otra persona? ¿Cuándo fue la primera vez que recibió la primera paliza? Hacía ya tanto de eso...

Mientras fueron novios nunca le levantó la mano. Sí, es verdad que había notado que tenía cierta propensión hacia el mal carácter, pero siempre solía justificar sus arrebatos de furia: unas veces era por culpa del trabajo, otras porque no se encontraba bien, el caso es que siempre se lo justificaba. Sus ojos enamorados no querían ver su verdadero carácter. No quería darse cuenta de que en varias ocasiones realmente sí que le había levantado la mano, aunque nunca había llegado a llevar a cabo la mayor de las infamias que puede suceder entre dos personas que supuestamente se quieren. Supuestamente.... ¿realmente se habían querido alguna vez? ¿Dominar por la fuerza a otra persona es quererla?

Apoyando la mano izquierda, controlándose continuamente para no gritar por culpa de las continuas punzadas de las costillas por debajo del pecho, logró incorporarse. Andando con una pierna y arrastrando la otra, hecha añicos la rodilla por culpa de un golpe con un bate de beisbol, consiguió llegar hasta el comedor y agarrando el teléfono se dejó caer sobre un sillón. Permaneció por espacio de más de media hora en completo silencio, sin moverse, dudando si marcar o no.

<<A fin de cuentas - pensaba - no estoy tan grave como para tener que llamar a urgencias. Con un poco de descanso se me pasará.>>

De esta forma se engañaba. Su estado físico era pésimo, apenas si podía moverse. Su cuerpo, acostumbrado al dolor, no paraba de quejarse, suplicando porque alguien o algo le aligerase de semejante carga. Su mente, a punto de estallar de histeria, no dejaba de buscar justificaciones para evitar llamar al hospital solicitando ayuda. Tenía miedo. Lo confesaba. Miedo a las posibles represalias de su pareja cuando se enterase que había solicitado ayuda. Si la paliza de unas horas antes había estado próxima en convertirse en asesinato, ¿qué pasaría la próxima vez? Tenía miedo, mucho miedo.

Al cabo de una hora, no pudiendo más, optó por llamar. En el hospital nadie se sorprendió de oír de nuevo su voz, los de urgencias ya la conocían y estaban acostumbrados a ver de vez en cuando su rostro de boxeador, con la nariz torcida de una paliza de hacía unos meses y sus ojos enmarcados por grandes bolsas de sangre prontas a estallar.

Como siempre, fueron muy atentos. Curaron todas sus heridas, las vendaron. Aunque lo normal sería que ingresase, nadie se lo propuso. Nadie quería que se repitiese lo de hace dos años, cuando recibió la primera paliza seria. Los médicos, asustados al ver su estado físico, informaron inmediatamente a las autoridades competentes. Se intentó presentar la denuncia correspondiente, pero la sociedad es demasiado machista y los policías que atendieron el caso se rieron descaradamente delante de sus narices. Según ellos, los problemas internos de las parejas los deben de resolver ellos solitos, y si de vez en cuando a uno se le va la mano... pues... bueno, tampoco es para tanto. Eso decían los muy hijos de... Si ellos estuvieran en su lugar... Pero, no, seguramente que ellos también trataran mal a sus respectivas parejas. ¡Machitos!

Eso fue lo que ocurrió. Ese mismo día, nada más entrar por la puerta, con apenas las heridas cicatrizadas, recibió una paliza todavía mayor.

- ¿Por qué has ido al hospital por unas heridas de nada? - le preguntaban mientras llovían los golpes sobre su cabeza - ¡Toma, para que así tengas algo real de lo que quejarte! - y le pateaba *con amor* la costillas, los muslos, el pecho, el alma. Así se demostraban diariamente su inmenso amor: golpeando y dejándose golpear.

Desde ese día, no volvió ni siquiera a imaginar la remota posibilidad de presentar una denuncia: ¿para qué? ¿Para que se rieran los policías? Tampoco iba a urgencias salvo en caso de extrema necesidad, y ni por asomo se le ocurría ingresar.

Después de que le curaran las heridas, volvió a casa.

Por la noche estuvieron en silencio, sentados uno al lado del otro, sin mirarse, sin dirigirse la palabra, como dos extraños que la casualidad ha unido para ver una película en el cine. A media noche, oyó una voz imperiosa que le ordenaba:

- Es tarde, vámonos a dormir.

Le siguió cojeando. Se desnudaron, y poniéndose el pijama, se acostaron. Prefirió darle la espalda, no quería ver su odiosa cara. Al cerrar los ojos, su mente sumergida en el mundo de los sueños, voló años atrás, cuando todavía no llevarían ni siquiera un par de meses casados.

Estaban sentados en el parque, charlando tranquilamente. Él estaba delgado; ella, fuerte. De repente, sin saber cómo, la conversación se volvió tensa, y sin darse cuenta, ella levantó la mano y descargó sobre su frágil cuerpo la primera bofetada. Él, al no esperárselo, no supo cómo reaccionar. Paulatinamente, ella fue cogiendo más y más confianza, y a la primera bofetada siguió una segunda, y una tercera y una cuarta... Las palizas no tardaron en llegar. No podía contar con nadie. Toda la sociedad le rechazaba, todo el mundo se reía de él, incluso los policías. ¡Dejarse pegar por una mujer! Pero no entendían que sentía verdadero pánico a enfrentarse con ella. Le tenía dominado completamente.

Él sintió un escalofrío cuando notó cómo ella le pasaba su fuerte brazo, sujetándole como las argollas de la antigüedad sujetaban a los esclavos. Él lloraba en silencio, como tantas otras noches, al sentir un profundo vacío y una completa soledad.

Autor: AMLP